

Lunes, 22 de junio de 2020

“En el fondo del peor criminal hay un hijo de Dios, que no sabe que lo es”

2R 17,5-8. 13-15a. 18 Despreciaron sus decretos y la alianza.

Sal 59,3-13 Oh Dios, ¡vuélvete a nosotros!

Mt 7,1-5 Con la medida que midáis seréis medidos.

Dios nos recuerda hoy con su palabra, como en tiempo de Oseas, que su deseo es que nos amemos los unos a los otros, si queremos ser felices. Que estamos hechos a imagen y semejanza de Dios-Amor y, por tanto, somos amor para amarnos como expresión de nuestra identidad. Pero, si despreciamos su amor, si no escuchamos su Palabra, endurecemos nuestro corazón y caminamos en pos de vanidades haciéndonos vanidad.

La consecuencia de separarnos de Dios, de no aceptarnos como somos, da origen a la violencia, las guerras, las envidias..., rompen la paz, la relación y armonía entre los hombres.

Una de las premisas de Jesús para nuestra relación es: **No juzguéis, para que no seáis juzgados. Porque con el juicio con que juzguéis seréis juzgados, y con la medida con que midáis se os medirá.** Juzgar y condenar a los demás es uno de los males de la sociedad, porque mata la confianza entre las personas, destruye la fraternidad y se vuelve contra quien lo practica; porque sus actos le acusarán. ¿Quiénes somos nosotros para juzgar? ¿Puedo acaso entrar en el interior de cada persona y captar sus íntimas motivaciones? ¿Puedo juzgar al que tiene frío porque yo tenga calor? Sólo Dios conoce el corazón de cada hombre. Aprendamos de Él a no tener pensamientos negativos ni a juzgar por apariencias: Dios nos ama a todos, tal como somos; no nos mira según nuestras faltas, sino a través de su Hijo, y quiere que imitemos su Misericordia y su Amor.

Todos tenemos defectos. Conocer nuestra **“viga”** y ver al otro como hermano, nos ayudará a aceptarle; porque cada uno obra según la formación de su conciencia. Muchas veces el mal es consecuencia de la ignorancia de la verdad, del Amor que da la felicidad.

Sábado, 27 de junio de 2020

“La fe se expresa en el amor y en el servicio”

Lm 2,2. 10-14. 18-19 Clama al Señor, no te concedas tregua.

Sal 73,1-21 Oh Dios, autor de salvación para la tierra.

Mt 8,5-17 Señor, no soy digno de que entres en mi casa.

Dios, nuestro Padre, quiere que tengamos una vida plena en su Hijo, que no vivamos esclavos, sino libres. Quiere que sepamos que somos hijos y vivamos con la confianza de hijos; que le expresemos nuestras necesidades y nuestro agradecimiento.

Eso requiere fe, que es la virtud que hace posible nuestro encuentro con Dios, advertir su Presencia, participar en su misma Vida y descubrir a Jesús como Camino y Verdad y Vida.

Acerquémonos a Jesús con la actitud de fe del centurión del evangelio. Creyendo que Él puede llevar a cabo lo que le pedimos.

El centurión era el que más autoridad tenía en aquella zona, sin embargo, humildemente no exige, sino que expone el caso y lo deja en manos de Jesús.

¿Cómo es mi fe y mi trato con Jesús? ¿Hago lo que está en mi mano y dejo el resultado en manos de Dios que sabe lo que conviene?

La humildad del centurión va más allá de lo habitual, se presenta como indigno ante Jesús por lo que le va a pedir y, al mismo tiempo, con la confianza puesta en la persona de Jesús. Reconoce el poder de Jesús que trasciende el suyo: Yo soy una persona sujeta al mando y tengo bajo mis órdenes soldados y criados que me obedecen.

El centurión muestra su fe amando a los que tiene a su servicio, y Jesús lo admira y muestra su complacencia. Nos lo pone de ejemplo para llevar a cabo su petición: **Yo iré y le curaré.**

El mismo Jesús le muestra su poder simplemente con el poder de la fe en él. Mientras que los que dicen, pero no confían, no alcanzan lo que esperaban. ¡¡Gracias Señor!!

Miércoles, 24 de junio de 2020

San Juan Bautista

“Dios valora mi vida más que yo; busca mi bien mejor que yo”

Is 49,1-6 El Señor, desde el seno materno me llamó.

Sal 138,1-15 Todos mis caminos te son familiares.

Hch 13,22-26 A vosotros es enviada la palabra de salvación.

Lc 1,57-66. 80 La mano de Dios estaba con él.

Dios engrandeció su misericordia con Juan; y le destinó a prepararle el camino como Precursor y mensajero de su Hijo. Jesús, dijo de él: Os aseguro que no hay hombre alguno más grande que Juan Bautista. Y añadió: Pero el más pequeño en el reino de Dios es más grande que él.

Cada uno de nosotros es un prodigio de Dios, que quiere hacer en nuestras vidas las maravillas que hizo con Juan. Antes de nacer, antes de que nuestros padres nos conocieran, Dios nos llamó a la vida, nos conocía por nuestro nombre, nos amaba y nos destinaba a vivir felices con Él.

Dios es un Padre que nos cuida, estamos en sus manos y, nos ama tanto, que encarnó su amor para estar en nosotros. Aunque intentemos huir de su lado, Dios permanece fiel. Sabe cuándo me siento y me levanto; de lejos conoce mis pensamientos y todos mis caminos. Basta que yo le diga: Sí quiero, para recibir su gracia.

¿Adónde podemos ir lejos de Dios? Ya lo vemos con la pandemia que tenemos: nos destruimos a nosotros mismos. Sin embargo, en manos de Dios tenemos una dimensión eterna.

Para poner remedio nos dice: **Te voy a poner como luz de las gentes.** A nosotros se nos ha dado la Luz, se nos ha dado a conocer Jesús: Su vida, su ejemplo, sus palabras, su reino: participar de su Resurrección, la esperanza de Vida Eterna... Y si nos ha dado la Luz y el Tesoro del Reino, no es para nosotros solos, sino para que la salvación de Dios llegue a otros muchos.

¿Dejamos a Jesús que nos haga reflejar su luz? Ser libre es decir: Sí, esa es nuestra paz, alegría, esperanza... ¡Dios nos necesita!

Jueves, 25 de junio de 2020

“La condición para entrar en el Reino de Dios es hacer su voluntad”

2R 24,8-17 Hicieron mal en su corazón y fueron deportados.

Sal 78,1-9 Ayúdanos, Dios de nuestra salvación.

Mt 7,21-29 No todo el que diga Señor, Señor, entrará en el Reino.

Cuando el hombre vive alejado del amor de Dios, pierde el rumbo y el sentido de su vida. Ésa es la experiencia del pueblo de Dios: Cuando Dios camina con ellos, viven en paz; pero cuando se alejan de Él, viven la experiencia de la deportación, el desarraigo, el destierro.

¡Cuántas veces obramos “a nuestro aire” en vez de tener en cuenta lo que Dios quiere! ¿Quién dirige mejor la historia, Dios o nosotros? Para conocer su voluntad, necesitamos su Palabra, que es la que nos dice: qué, cuándo, cómo, dónde, por qué, para qué... Todo esto, Jesús, lo iba descubriendo en la oración constante y sincera.

No todo el que diga: ¡Señor!, ¡Señor!, entrará en el Reino de Dios, sino el que hace la voluntad de mi Padre. ¿Cómo querer ser hijos sin hacer caso al Padre?

No basta invocar a Dios de palabra, es dejarle entrar en nuestro interior, dejarle hacer en nosotros. El que me ama guarda mi Palabra.

El verdadero discípulo no es el que, cuando aprieta el zapato, grita: ¡Señor!, ¡Señor!, sino el que construye su vida apoyado en la Palabra. Ése es como el hombre sabio que edifica sobre roca. Pero si escuchamos su Palabra y no la ponemos en práctica, seremos necios como el que edifica sobre arena. Porque la fe sin obras está muerta.

Aunque hagamos milagros, si en nuestro corazón no habita el Espíritu, nada somos, trabajamos en balde, y nos dirá: **No te conozco. Apártate de mí, agente de injusticia.**

Dios es Amor, y nos ha hecho a su imagen. Nos ama y nos quiere felices dando frutos de vida, acogiendo su Amor y amándonos los unos a los otros; no de boquilla, sino con obras y de verdad. Es lo que espera.

Viernes, 26 de junio de 2020

“No pierdas tiempo mirándote a ti mismo, mira a Jesús”

2R 25,1-12 Marchó Judá al destierro.

Sal 136,1-6 Nos sentamos a llorar con nostalgia de Sión.

Mt 8,1-4 ¡Quiero!, queda limpio.

- Señor, desde mi pobreza siempre te estoy pidiendo. Te pido que me cures, que me ayudes a andar, que vea... Pero entiendo que Tú me pides a mí: Si tú quieres, si me amas, si me dejas ayudarte, amarás a tus hermanos; si me dejas, me acercaría en ti a ayudarlos, a tocarlos, escucharlos, acogerlos; tus brazos serán los míos. Ellos esperan una mano amiga, la tuya, la mía en ti.

¡Tengo sed de ti! Si calmaras la sed de amor que siento y me acompañaras en mi necesidad de amar, de acoger la cruz de tu hermano... Hay muchos hermanos que viven angustiados, desorientados, perdidos... por no conocerme. Necesitan ver testigos: personas serviciales que no exigen, sino que se ofrecen. ¡Déjame amar en ti! Mi amor de ti no se apartará, será sobreabundante.

Si supieras la vida que he pensado para todos. Me he hecho hombre y he dado mi vida para que “viváis” de verdad. Muchos vivirán según me dejes amar en ti. Es el Amor lo que salva al mundo; el Amor es el antídoto para el egoísmo que tantas calamidades produce.

Déjate amar y ama. A Dios nadie lo ha visto. Si os amáis los unos a los otros, Dios permanece en vosotros. Dios es el manantial del Amor. Si crees en el AMOR y te dejas amar, serás agente de transformación del mundo. Me reconocerás en el débil, pobre..., en el hermano. Sus rostros se grabarán en tu corazón y serás “piedra viva” de mi cuerpo.

- Gracias, Señor, por poner tu confianza en mi pobreza; por querer transmitir tu Vida a través de la mía. Ayúdame a ser luz, a mantener encendida la fe, porque quiero ser testigo de tu Amor.

Dios ha puesto todo en manos de sus hijos.

Martes, 23 de junio de 2020

“¡Qué pocos encuentran el camino que lleva a la Vida!”

2R 19,9b-11. 14-21. 31-35a. 36 Señor, sólo tú eres Dios.

Sal 47,2-11 Grande es Dios y digno de alabanza.

Mt 7,6. 12-14 Lo que queráis que os hagan a vosotros, hacedlo vosotros.

Ancha es la entrada y muchos los caminos que llevan a la perdición: El camino del placer, poder, tener, bienestar, egoísmo..., es tentador y fácil, ofrece felicidad, pero desemboca en oscuridad y sufrimiento. **Y, ¡cuántos entran por ellos!**

La puerta de la vida es estrecha porque requiere humildad. Y como ser humilde no es lo que apetece, no nos gusta y nos cuesta. Es la vanidad, el orgullo, el ego, es el que necesita una puerta ancha. No es que sea difícil encontrar la puerta y el camino que conducen a la vida; Jesús nos lo revela: Yo soy la Puerta y el Camino y la Vida; el que va por mi Camino conocerá la Verdad y la Verdad le hará libre. La Verdad es que Dios es nuestro Padre y nos quiere con locura; que todos los hombres somos hermanos y debemos amarnos los unos a los otros.

Jesús nos enseña que el verdadero camino es el camino del Amor, el que busca el bien. Por lo que es bueno recordar que lo que es bueno para ti también es bueno para los demás. Por tanto, no hagas a nadie lo que no quieras que te hagan a ti. Piensa de los demás como te gustaría que ellos pensarán de ti.

Amar debería ser algo tan natural como respirar. Si amamos, vamos haciendo camino en el que es el Camino de vida eterna. De Dios venimos y a Dios vamos.

Dios está en Todos, formamos UN CUERPO, llamados a ser UNO. **El que me ama, guardará mi Palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él (Jn 14,23).** El que no ama no se entera de esta Realidad. Que nuestra vida no se quede en amar, sino que sea un amor que haga a los demás sentirse amados.

Domingo, 28 de junio de 2020

13º del Tiempo Ordinario

“Dichoso el pueblo que camina a tu luz, Señor”

2R 4,8-11.14-16a Has cuidado de nosotros, ¿qué podemos hacer por ti?

Sal 88,2-19 ¿Quién como Tú, Señor?

Rm 6,3-4. 8-11 Consideraos como muertos al pecado y vivos para Dios.

Mt 10,37-42 Quien a vosotros recibe, a mí me recibe.

Señor, tu palabra nos llena el corazón de esperanza, porque cuidas de nosotros con ternura y cariño. Y qué bueno que nos recuerdas que tu lealtad y tu amor son fundamentos y pilares sólidos para nuestra vida.

La generosidad de Jesús nos recuerda que: el que quiere conservar su vida para sí, la pierde; mientras que el que entrega su vida por seguirle, la encuentra. Solamente quien pone la vida en tus manos, asegura su propio destino; porque quien la guarda para sí, no la vive, no la disfruta, su vida es mezquina, raquítica.

A menudo, nuestra vida es una vida estéril porque nos olvidamos de Ti, de tu Palabra, de acogerla, de hacerla vida, que nos lleva a vivir pensando en los demás, preocupándonos y ocupándonos de ellos.

Todo aquél que dé de beber tan sólo un vaso de agua fresca a uno de estos pequeños, por ser mi discípulo, os aseguro que no perderá su recompensa. Y es que, al final de nuestras vidas, se nos juzgará del amor que hayamos sido.

Se nos hace costoso, porque no vivimos afianzados en tu Amor. Y sin embargo, tu amor en nosotros nos impulsa, y el resultado es que: **a quien a vosotros recibe, a Mí me recibe.**

San Pablo nos dice: **Si morimos con Cristo, viviremos con Él. Si perseveramos, reinaremos con Él.** Viviendo como Jesús, dejando que su palabra nos guíe, nos hará capaces de vivir el Reino con lazos humanos.

Si escuchamos la palabra de Dios es porque el Espíritu de la Palabra actúa en nosotros. Esa vida en el espíritu requiere dejarse hacer y vivir agradecidos, porque en él somos, nos movemos y existimos (Hch 17,28).

Pautas de oración

Si te abrimos el corazón,
Tú nos escuchas.



DIOCESIS DE ALCALA DE HENARES